

La Amazonía en la agenda global

Presentación del dossier

Guillaume Fontaine

Profesor-investigador de FLACSO

La cuenca amazónica abarca más de 7,3 millones de km² y agrupa a 30 millones de habitantes de nueve países (Brasil, Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú, Venezuela, Guyana, Surinam y la Guyana Francesa). Si bien es cierto que la integración administrativa y económica de la Amazonía no se consolidó hasta la segunda mitad del siglo XX, todo deja pensar que ésta ocupará un lugar central en la geopolítica mundial en las próximas décadas.

De hecho, se ha convertido en un espacio privilegiado para observar los fenómenos relacionados con la globalización, en particular desde la Cumbre de la Tierra organizada en Río, en 1992. Ello vale no sólo para la integración regional (en principio a través del Tratado de Cooperación Amazónica -TCA- de 1979, y luego de la Organización del mismo nombre -OTCA- en 2003) sino también para las políticas de conservación de los espacios naturales, la creciente inserción de los mercados mundiales de materias primas (de minerales, hidrocarburos, maderas, etc.), de productos agrícolas (como la soya y la palma africana) o aún de servicios (como el turismo).

Por otro lado, en apenas medio siglo la cuenca amazónica se convirtió en el escenario central de la crisis ambiental global, cuyos efectos siguen siendo agudizados por los efectos indirectos de la dependencia económica de la región hacia los mercados mundiales de materias primas. En efecto, tanto la amplia-

ción de las fronteras productivas, como la intensificación de las actividades extractivas, aparecen como las consecuencias perversas de los planes de ajuste estructural de los años ochenta y de la concentración de capitales en los países industriales.

Ante este balance pesimista, los actores sociales (en particular los movimientos campesinos, indígenas y ecologistas) reivindican para sí un papel clave en la redefinición de las políticas públicas, sin que haya por el momento señales de que sus demandas fueran entendidas por los gobiernos de turno, ni por las empresas multinacionales que operan en la región. Ello se traduce en particular en la incapacidad de la comunidad internacional y de los Estados de detener la deforestación desde la Cumbre de Río.

Con el afán de contribuir a un mejor entendimiento de estos hechos, el dossier que presentamos a continuación aborda el problema de la globalización haciendo énfasis en los efectos de la modernidad tardía sobre el medio ambiente. Ello conlleva a dos preguntas claves, en cuanto al lugar que ocupa la Amazonía en la agenda global y el papel de los actores económicos, institucionales y sociales en la agenda amazónica: ¿Cómo enfrentar los retos planteados por los avances de las fronteras extractivas y agrícolas? ¿Qué estrategias asumen los Estados de la región ante las amenazas sobre el medio ambiente?

El primer artículo del dossier, de autoría de Guillaume Fontaine, observa los procesos de ocupación de la cuenca amazónica desde una perspectiva andina. Recuerda que la historia de la región ha sido escenario de conquistas y masacres, desde la creación de las misiones y el sistema de encomiendas establecido a finales del siglo XVI, hasta las correrías de indígenas y la explotación del caucho, en los siglos XIX y XX. No fue sino hasta la segunda mitad del siglo XX que se generalizó la colonización, caracterizada por el desarrollo de la agricultura y la ganadería extensivas a lo largo de los grandes ejes viales, así como la intensificación de la explotación de hidrocarburos en la década del setenta. Frente a estas tendencias, el último cuarto del siglo pasado vio la emergencia y la estructuración de movimientos colectivos y redes transnacionales de defensa del medio ambiente, la cultura y el territorio. Ello a su vez obligó a los Estados del TCA a dar mayor contenido a los acuerdos diplomáticos regionales, en particular en cuanto a los temas socioambientales.

Delfina Trinca analiza en una perspectiva comparada la ocupación de la Amazonía en Venezuela y Brasil. A diferencia de Brasil, Venezuela tan sólo se interesó por administrar la cuenca amazónica en las últimas décadas del siglo XX y crear “fronteras dinámicas” de modernización. Así es como la Corporación de Desarrollo del Sur (Cordesur) llevó a cabo una agresiva política de colonización e integración, sostenida por grandes proyectos de infraestructuras. En un periodo más reciente, esta ocupación del espacio se orientó hacia la integración de los mercados energéticos de ambos países, en particular por lo que atañe al abastecimiento de Brasil en electricidad. Este doble proceso de modernización, cuyos impactos sociales y ambientales aún faltan por evaluar, tendrá sin lugar a duda consecuencias dañinas sobre los estilos de vida de las poblaciones indígenas amazónicas.

Richard Pasquis expone las consecuencias de la extensión de los cultivos de soya en la Amazonía legal de Brasil (es decir, la Región Norte), donde se concentra la mayor parte de esta producción. Con más del 20% de la producción en 2004, Brasil es actualmente el segundo productor de soya en el mercado internacional, detrás de los Estados Unidos. El incremento de la producción fue posible desde la década del setenta, gracias a la “revolución verde”, y conllevó al desarrollo de otros cultivos de granos (como el arroz, el girasol o el sorgo). Ahora bien, los impactos ambientales son desastrosos: no sólo la contaminación de los suelos y aguas provocados por los herbicidas y pesticidas, sino la erosión de los suelos, la deforestación por el uso intensivo de leña y la colonización, o aún el desplazamiento de la ganadería extensiva. Por un lado, ello afecta los ciclos del carbono, del agua y de la biodiversidad; por el otro, pone en peligro la viabilidad del sector agropecuario nacional en su conjunto.

Francisco Neira interpreta las representaciones de la naturaleza desde las culturas nativas y occidentales, a partir de un estudio sobre el manejo de recursos naturales en la reserva botánica de Limoncocha (Sucumbíos, Ecuador). Recuerda que las mayores tasas de deforestación no se deben a la tala por uso de leña, ni a las actividades agrícolas de subsistencia, sino a las malas prácticas petroleras en este país y a la colonización de los últimos 30 años. Ante esta constatación, los enfoques “biocentristas” de la conservación han sido muy criticados en los últimos años, en particular desde la economía ecológica y la antropología cultural. La tesis de este autor es, entonces, que los usos a largo plazo de la naturaleza con fines de subsistencia son posibles, y que entender esta realidad implica tener una visión holística, lo cual representa un reto para las ciencias sociales.